

La calle El Conde, anécdotas, leyendas y datos históricos*

KIN SÁNCHEZ

Está escrito en la Biblia, que cuando Moisés vio la zarza ardiendo sin consumirse, se dijo: «Voy a acercarme y ver este grandioso espectáculo», cuando se aproximó para mirar de cerca, escuchó una voz solemne y plena de autoridad que le advirtió: «Quita las sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás tierra santa es».

Evidentemente, Moisés, haciendo su trabajo cotidiano: pastorear las ovejas de su suegro, no sabía la calidad del lugar donde estaba. Pero al menos lo rutinario no le impidió admirar el espectáculo.

Algo parecido a esto les sucede a miles de capitaleños, a los que el trajín cotidiano los hace trabajar, vivir o pasar por la Ciudad Colonial Primada de América. Hace falta una voz que les advierta sobre la calidad del lugar donde transitan, con la agravante de que ni siquiera tienen la curiosidad de Moisés: no se interesan por ver de cerca el espectáculo que está ante sus ojos.

¿Saben, acaso, en que ciudad viven?

¿Saben que están pisando un patrimonio del mundo, de acuerdo a la declaración de la UNESCO?

Cuando era un niño, y mi madre me llevaba de compras a El Conde, me llamaba mucho la atención el ir y venir de la gente.

Entrábamos a «La Parisiën» a comprar zapatos y al salir veía un grupo de jóvenes pasar en sentido contrario al nuestro. Cruzábamos la acera y accedíamos a «La Puerta del Sol»; comprar con mi madre no era nada veloz, ella se tomaba su tiempo. Al salir, veía las mismas chicas venir en sentido contrario. Y me decía: O esto es una

*Conferencia presentada por Kin Sánchez en el Palacio Consistorial de Santo Domingo, el 5 de agosto de 2010, con motivo de la Conmemoración del 512 aniversario de la fundación de la Ciudad de Santo Domingo.

postalita repetida o creí que las había visto y es ahora que las miro, o simplemente dieron la vuelta y regresan, era todo un carrusel de gente. Los autos privados hacían algo parecido: pasaban una y otra vez exhibiendo su novedad o su opulencia.

¿Por qué hacían esto? También había peñas y grupos que se paraban frente a cafeterías o en determinadas esquinas. Al crecer me fui integrando a este ritual capitaleno, entre otras cosas, porque El Conde quedaba en mi ruta al Colegio Santo Tomás.

Cuando era un joven adulto, el distinguido intelectual Héctor Inchaustégui Cabral ante el torrente de las elegantes y hermosas que se paseaban, me preguntó ¿Saben por qué todas caminan por aquí? Sin esperar respuestas exclamó: «No importa en qué lugar de la geografía nacional resida una mujer bella o se confeccione un vestido elegante, si no se pasea por esta calle, ella sabría que se ha perdido la plenitud de la admiración y el goce de lucir su traje y su personalidad. El Conde es como una pasarela gigante, es un auténtico paseo de la moda. Es un hermosódromo».

Ir y venir, pasar y volver a pasar. Esto lo explicaba todo: ver y dejarse ver. Competir con los maniqués de las vitrinas y lucir los estilos en boga o la más avanzada vanguardia: un paseo de la moda. El Conde era una oda al buen vestir, tanto en las vitrinas como fuera de ellas. Allí se compraba *prêt à porter*, o seleccionaban telas, accesorios, *apliqués*, hilos y hasta el más pequeño y precioso botón.

De todos los seres vivos, los humanos somos los únicos que reímos y sonreímos; cantan en variadas melodías, tonos y ritmos. Tenemos la exclusividad del pensamiento, de la creatividad y del uso de ropas. La preparación de las pieles para abrigo y vestido y el desarrollo de los textiles a partir del lino y el algodón están entre los diez inventos que marcan el desarrollo de la humanidad.

La adquisición de textiles desarrolló la agricultura, el comercio y sus rutas de caravanas, los almacenes de mercaderes y las calles de establecimientos especializados.

Hay calles famosas en todo el mundo por ser los centros de todos los insumos de la industria del vestir; como la quinta avenida en New York, La Kings Road londinense, la Faubourg Saint-Honoré en París o la Gran Vía madrileña.

La Ciudad Colonial de Santo Domingo, donde todo fue primero en América, tuvo su calle de Los Plateros –actualmente Arzobispo Meriño–; su calle del Comercio que hoy conocemos como Isabel la Católica –y también generó, al paso del tiempo– una vía dedicada a los afanes del vestir: La calle El Conde, llamada así en honor a las heroicas acciones de don Bernardino de Meneses Bracamonte y Zapata, Conde de Peñalba. Claro que, ante la extensión de tan noble nombre, se dice simple y cariñosamente «calle El Conde».

La historia de esta vía es pintoresca y variada, con varios cambios de nombre. En tiempos coloniales se le reconoce por la existencia de un Colegio a la altura de la calle Las Damas. Con el nombre de Separación, entra después de 1844 a los anales de la historia como el glorioso escenario de nuestra declaración de independencia en el baluarte de la Puerta del Conde.

Este ha sido el principal escenario de acciones heroicas y actos importantes de nuestra ciudad. Pero también tiene su anecdotario de episodios simpáticos. Cuenta Fabio Fiallo que en una escaramuza entre bolos y coludos, él fue aclamado sin merecerlo como héroe del día. Tras repeler un débil intento de tomar el Baluarte, los defensores –entre lo que estaba el poeta– salieron envalentados a perseguir a los atacantes que se retiraban en desbandada hacia el área donde está el cementerio. Hábil estratagema: allí estaba emboscado el grueso de la fuerza atacante. Así, los aguerridos perseguidores tuvieron que darse la vuelta convertidos en un tropel de despavoridos perseguidos. En ese caos sobresalía el poeta, que en la cola de la retaguardia se detenía y volteaba a disparar su flamante revólver con cuya acción frenaba a los rivales y protegía a sus compañeros. Entró de último y fue aclamado por su valentía.

El no salía de su asombro. Porque la verdad era que él nunca fue buen corredor. Por más esfuerzos que hizo, su torpe carrera no le permitía avanzar al paso de los demás. Parecía que desafiaba a la vanguardia de los fieros atacantes que no tenían otra opción que contenerse ante los tiros del poeta. Fue así que su torpeza para correr y su instinto de sobrevivir le convirtieron en el valiente héroe del día.

Pero para nuestros fines en este día, nos permitimos un salto histórico al 1880, época en la que don Francisco Eugenio Moscoso Puello nos confirma que de la José Reyes a la Palo Hincado ese barrio se llamaba El Navarajo –título de su libro– curioso nombre que, afirma, provino de un comercio establecido en El Conde esquina Sánchez y cuyo letrero lo identificaba como la casa «Narvárez e hijos». La contracción y corruptela produjo: Navarajo».

Para Moscoso Puello la zona elegante comenzaba en la 19 de Marzo. Él fue el primero en consignar los nombres de los establecimientos comerciales. Más tarde, haría lo mismo don Luis Alemar, aunque más detalladamente. Por ellos conocemos estos nombres: El Globo, La Japonesa, La Muñeca, La América, La Villa de París, La Linda, El Novator y El Fígaro, La Canastilla, La Venus, La Fantasía, La Flor del Líbano, La Bohemia, La Gloria y también estuvo allí –en la esquina Hostos– el Club Unión –famoso por negarle la membresía al dictador Trujillo. En ese mismo local estuvo luego el Ateneo Dominicano y actualmente está el hotel Mercure.

Para muchos la calle El Conde es solo comercial. Pero también fue residencial. Eran muchos los comerciantes que vivieron en los pisos superiores de su establecimiento. También vivieron allí personajes importantes. Uno de los más sobresalientes fue el presidente Jacinto B. Peynado, conocido como Mozo Peynado. Residió donde hoy está el Instituto de Periodismo, en los altos de la joyería Di Carlo. Cuando fue Presidente en la era de Trujillo mantuvo su costumbre de ir cada noche al parque Colón y fue famoso porque se hacía llevar una mecedora en la que, cual trono antillano, presidía su prestigiosa tertulia.

Los conversatorios de El Conde y del parque Colón no eran muy estimados por el escritor y crítico literario don Pedro René Contín Aybar. Afirmaba que en esas tertulias se habían «dicho» los mejores libros dominicanos. Para él, nuestro buen clima propiciaba la vida al aire libre y fomentaba la costumbre de reunirse a conversar en «peñas» y tertulias. Por el contrario, los nórdicos con sus climas fríos, se quedaban aislados en su casa donde escribía las grandes obras de la literatura universal. Era su deseo que conversáramos menos y escribiéramos más.

El Conde tiene dos parques. El Colón fue el centro de la vida capitaléna. La cuadra frente a este parque ha sufrido muchas modificaciones. Entre las casas antiguas sobrevivientes, hay una que llama la atención por su fachada muy adornada con símbolos esotéricos. Al centro tiene una representación del mito de la serpiente horrorizada al ver su fealdad en el espejo. Este edificio fue la sede del Banco Nacional. Aquí vivió Santiago Pérez, un General y Diputado que desde el balcón fulminó a tiros de carabina al poeta venezolano Eduardo Scanlan. El general alegó que al pasear por el parque el poeta cortejaba a su bella esposa cuando se asomaba al balcón, por tanto, en un arranque de celos le disparó. En aquellos tiempos de dignidad, honor y valentía pasaban por alto un duelo, pero no transigían con el asesinato a mansalva: un tribunal condenó al general– diputado a morir fusilado. En esta hermosa casa se instaló la farmacia de los Marrero; Mildred Canahuate instaló la primera sede de la galería de arte Arawark en los 70 y actualmente está el Museo del Ámbar.

Al final de los años 20 y hasta los 50, El Conde atrae las construcciones de mayor magnitud y altura nunca antes vistas en la Isla como los edificios Baquero, Diez y Cerame.

Las casas tradicionales fueron desapareciendo a medida que la elegancia y la ostentación de poderío se establecieron en El Conde, que se fue transformando con la adicción de los edificios Saviñón, La Puerta del Sol, López de Haro y Copello. En la construcción de este edificio se encontró la última botijuela conocida públicamente. Se llamaba así a los pequeños tesoros de monedas de oro y plata que por seguridad los dueños enterraban en recipientes de barro llamados botijas o botijos. La del Copello fue la última conocida públicamente, pero puede haber otros hallazgos que se quedaron en secreto en arreglos de casas coloniales.

Pero los tesoros en El Conde estaban en las vitrinas. En mi infancia y en la época de acompañar a mi madre y mi tía –que era la modista de la familia– los establecimientos eran otros, como La Aguja de Oro, Cinderella y Niza. El premio por acompañarlas estaba, para mí, en la repostería El Túnel, que estaba justamente entre las dos primeras, Ahí tenían los mejores tarticos de guayaba, bizcochos, borrachos y los mejores matagallegos del mundo. Punto en el que

estamos de acuerdo con Freddy Ginebra, que vivió casi al lado en la esquina Sánchez.

De las tiendas de los 50 recordamos a La Guarachita como tienda de discos, La Coruña, sastrería que aún sigue pero en la Churchill, Betty Boop, La Casa Plymouth, el sector de las líneas aéreas en el Edificio Copello, Gonzalez Ramos, Morey, La Casa Oliva, Ciro's, La Margarita, Casa Miguel Ángel y a la Casa Cuello, que estaban, estas tres últimas, en las ilusiones infantiles por la venta de juguetes.

Pero El Conde es un camaleón que ha sabido ser él mismo, a la vez que se transforma. Extraña paradoja: lo cierto es que cada generación tiene su calle El Conde que coexiste con la de la generación anterior y anuncia a la que le sucederá.

Como una muestra de esta afirmación, vemos que en los años 40 El Ariete –donde está hoy el expreso Pekín, en la 19 de Marzo– escandalizaba a la sociedad al ofrecer al mediodía fiestas dominicales que causaron furor entre los jóvenes. En la Cafetera se reunían los intelectuales locales con los españoles de la diáspora de la Guerra Civil: toda una levadura cultural y política para el país. Saco y corbata (y a veces sombrero y bastón) en los 50; La Bombonera acoge el desborde rocanrolero de la juventud con jeans y camisas a lo James Dean, mientras montaban conspiraciones libertarias contra la dictadura. En los 60 atrincherados en El Sublime, los nuevos intelectuales y la izquierda marcan la pauta cultural entre poemas, micro mítines, motines y movimientos culturales como Arte y Liberación, La Máscara y el Puño

En el 67, el sitio del Ariete, que había cedido paso al salón Ninón de don Danilo León Sturla, (llamado así en honor a su hija la exquisita diagramadora de libros Ninón León de Saleme), se transformó en «La Barrita a Go-Go», cuartel de la Beatlemania, el pelo largo, los pantalones campana y una nueva farándula de grupos de rock que cada domingo en la tarde animaban la discoteca del Panamericano, que el resto de la semana era piano bar.

Al mismo tiempo, la bohemia revolucionaria resistía el «viento frío», como llamó René del Risco al balaguerismo, mientras alternaba las noches del Baitoa de Sánchez Acosta con las del Moulin Rouge, después.

Esta calle camaleónica toma nuevos colores en el Palacio de la Esquizofrenia donde se pierden parroquianos clásicos como el poeta Gómez Doorly, don Chito Henríquez, los Mellizos Hernández, Nabú Henríquez y se nos escapa el último caballero de la Ciudad Colonial: don Víctor Villegas. Pero fueron muy sabios, auparon los relevos, los nuevos clásicos como; José Frías, Enzo Di Carlo, Vetilito Alfau, Pedro Samuel y otros. Que están a un tiro de piedra del Hard Rock Café que concita la condemanía y el «descubrimiento» de la Ciudad Colonial, por aquellos que nunca cruzaban la Máximo Gómez hacia el Este. Mientras que en Segafredo y los tres Mosqueteros, la generación tecnológica tira la virtualidad del Facebook por la borda y goza de cena, música y conversación bajo los Gri-Gri de El Conde.

El Conde se transforma con locales y tiendas de ahora, con moda avanzada. Es vigoroso y actual. Es muy importante para los capitaleños y para los dominicanos en general. También lo es para la industria más importante del país: el turismo.

El Dr. José Oviedo, de la PUCAMAIMA y directivo del comité CAC 2010, llevó a varios delegados extranjeros a visitar la Ciudad Colonial. Sobre las 6:00 de la tarde, cuando solo habían caminado un par de cuadras de El Conde, uno de los visitantes le dijo; «Caminar por una calle como esta es un privilegio. Es algo impensable en otros países caribeños. Esto es un lujo». Oviedo, viajero incansable y condero por tradición, comprendió el alcance de esa afirmación espontánea.

Pero El Conde tiene algo que nunca tuvo: Está enfermo, pero de algo absolutamente curable. La sindicatura actual, que mostró inteligencia, tacto y coraje al recuperar la Duarte, y obtuvo por eso un gran capital político en el electorado, puede repetir aquí esta hazaña. En El Conde es menos complicado. La calle que está en poemas, canciones, cuentos, libros y musicales, la que está en el alma de los capitaleños debe ser rescatada. Sabemos que la Alcaldía y el Ministerio de Cultura han escuchado su S.O.S Y tienen un programa conjunto para devolverle su esplendor trabajando codo a codo con La Asociación de Comerciantes de la calle El Conde, el Cluster Turístico de Santo Domingo, Las Asociaciones de Vecinos y toda la comunidad.

Amo esta ciudad. Así como muchos escogen Madrid, París, New York; yo nací aquí y luego a conciencia la elegí como mi ciudad con sus tradiciones y cultura. Lo mismo han hecho muchos de ustedes. Si alguna vez llego a ser fantasma... Saldré aquí.

Donde comienza la calle El Conde, comienza la historia de América.

Donde termina la calle El Conde, comienza la historia de la República Dominicana.

Concepción Bona confeccionó la Bandera Nacional en una de sus casas, próxima al Baluarte.

Tal es la importancia de esta calle.

Dice Fabio Rafael Fiallo:

–«La calle El Conde, calle llena de historia, de leyenda, de ensueño, espejo fiel del país y de su gente...

–Pasear por ella es un privilegio.

–Cuando llegue la Navidad no será El Conde de mi niñez con los juguetes de Miguel Ángel, La Margarita, La Ópera y la Casa Cuello. Ni el de mi hijo de 16 años con La Margarita, Juguetón, y Casa Cuesta y la Gran Vía. Ya no se escuchará la risa del Santa Claus de la Margarita –con la voz magistral de Oscar Iglesias–. Y tal vez no monten el pesebre frente al parqueo, porque a los cuadreros no les da la gana. Tal vez no será igual, pero allí estarán los elementos para que podamos recordar y para que los que vienen también construyan recuerdos felices en torno a esta vía capitaléña.